

QUIPU VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - Nº 42 19/03/2021

ANTONIO RUIZ DE MONTOYA
JESUITA LIMEÑO Y MISIONERO



LAS MISIONES DE RUIZ DE MONTOYA

CARLOS HERRERA*

En 1986, la película *The mission* de Roland Joffé obtuvo la Palma de Oro del Festival de Cannes, dando renovada notoriedad a las misiones que la Compañía de Jesús fundó y desarrolló durante los siglos XVII y XVIII en territorios de lo que ahora son Paraguay, Argentina, Uruguay, el oriente boliviano y el sudoeste brasileño. En el filme, Jeremy Irons y Robert De Niro encarnaban paradigmas opuestos de jesuitas: el hombre de fe y el hombre de acción. Para muchos, dichos personajes se habrían inspirado en uno solo: Antonio Ruiz de Montoya (Lima, 1585-1652), misionero, traductor, precursor de la lingüística y de la etnografía, estratega militar, tramitador de cédulas y místico. Uno de los peruanos más ilustres de la historia americana, que amerita ser mejor conocido y valorado en estos tiempos de conmemoración y resiliencia.

Huérfano de madre a los cinco años y de padre a los ocho, una holgada herencia permitió a Antonio Ruiz de Montoya iniciar tempranamente una vida licenciada en la ciudad de Los Reyes, donde fue, diría él, «esclavo de vanidades y adorador de Venus». Y antes de cumplir los veinte ya había corrido peligro de muerte violenta en más de una ocasión.

Estas experiencias lo impulsaron a cambiar de vida. Estuvo a punto de partir para Chile, a combatir araucanos, y luego pensó en un destino menos azaroso, como Panamá. Pero finalmente optó por un ejército de distinto signo: la Compañía de Jesús, en cuyo Real Colegio de San Martín había pasado sus años escolares. Luego de un período de estudios y de ejercicios espirituales, el 11 de noviembre de 1606 ingresó formalmente al noviciado jesuita.

Para entonces estaba en Lima el padre Diego de Torres, a quien el general de la Compañía había designado como primer provincial de la flamante Provincia del Paraguay. Ruiz de Montoya solicitó con ardor acompañar a Torres a esa nueva circunscripción.

En 1607 partió de Lima para Córdoba, donde al cabo de cinco años culminaría su noviciado y, tras ser ordenado sacerdote, recibiría al fin el ansiado encargo: ir al Guayrá a evangelizar guaraníes. Espinosa tarea. Dos jesuitas italianos ya habían fundado en esa apartada región las primeras misiones: Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio. Pero su estabilidad era precaria ante la obstinación de los encomenderos en continuar utilizando a los indígenas para su «servicio personal» (práctica prohibida por Real Cédula de 1601), la asechanza de los *bandeirantes* portugueses que cazaban como animales en el monte a los guaraníes para esclavizarlos, y la desconfianza de muchos de estos últimos frente a esos curiosos hombres vestidos de negro que les prometían un paraíso muy semejante a la rica tierra de la que sus ancestros habían hablado, pero que les exigían al mismo tiempo cubrir su desnudez y limitarse a una sola mujer.

Años después, en su *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús, en las provincias de Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape* (Madrid, 1639) describiría Ruiz de

Montoya, con preciso ojo de naturalista y elegante prosa, aquel primer viaje iniciático: el inacabable manto verde de la jungla, el vigor y extensión de los ríos, el portento del Gran Salto del Paraná, el estallido de la vida en todas sus formas. Y sus primeros contactos con los guaraníes, a quienes describe con respeto, en particular por un detalle: «Mucho se ennoblecen con la elocuencia en el hablar (tanto estiman su lengua, y con razón, porque es digna de alabanza y de celebrarse entre las de fama)».

Cuando llegó a ellas, las reducciones de Loreto y San Ignacio eran apenas un esbozo de lo que llegarían a ser en toda la región, pero contenían ya elementos de organización urbana copiando el cuadrículado esquema de Lima. La choza en que se oficiaba misa daba hacia una plaza principal; los espacios comunes, desti-



Ediciones de *Conquista espiritual* (1639), *Tesoro de la lengua guaraní* (1639) y *Arte de la lengua guaraní* (1640)

nados a colegio y cementerio, se adosaban a la iglesia. En torno de la plaza se disponían la cuadras de casas de los indígenas reducidos, cada una con una pequeña huerta. Los días transcurrían entre agricultura, catecismo y música.

Con el empeño del joven jesuita, dichas misiones fueron creciendo y se fundaron otras hasta llegar a ser catorce en el Guayrá, región de la cual Ruiz de Montoya fue superior desde 1622 hasta 1636. No fue fácil logro.

La relación con los guaraníes no dejaba de ofrecer elementos conflictivos, que suenan hasta ahora muy actuales. Ruiz de Montoya consigna en la *Conquista espiritual* las iracundas quejas del cacique Miguel Atiguaye: «¿Qué doctrinas nos habéis traído? ¿Qué descanso y contento? Nuestros antepasados vivieron con libertad [...] y vosotros queréis destruir las tradiciones tuyas [...] Ya no se puede sufrir la libertad destos, que

en nuestras mismas tierras quieren reducirnos a vivir a su mal modo».

Más suerte tuvo Ruiz de Montoya con otros caciques, en particular el muy respetado Tayaoba, quien con su gente había resistido por muchos años en regía autarquía al dominio español. La alianza con Tayaoba fue muy importante para la expansión y consolidación de las misiones.

Pero cuando este proceso parecía finalmente encaminado y estable, en el Guayrá resurgió otro peligro: a los *bandeirantes* portugueses y sus aliados tupíes les era más fácil esclavizar a los guaraníes reducidos que perseguirlos por el monte. Así, entre 1629 y 1631, unos 60,000 guaraníes fueron capturados o perecieron o se dispersaron y las misiones fueron destruidas hasta que solo quedaron las iniciales de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio. Ante la inminencia de la caída de estas últimas, Ruiz de Montoya encabezó un éxodo de dimensiones bíblicas: 12,000 guaraníes debían viajar siguiendo el curso del Paranapanema hasta el Paraná, descender por este, pasando el Salto del Guayrá y el Iguazú, hasta fundar las nuevas misiones de Loreto y San Ignacio, a las orillas del Yabebirí (actualmente en Misiones, Argentina). 1200 kilómetros de ríos y selva. 700 balsas.

La epopeya cumplió su objetivo principal, y Loreto y San Ignacio renacieron. Pero también tuvo visos trágicos: muchos guaraníes perecieron o se dispersaron, y las nuevas misiones se iniciaron en condiciones de gran precariedad. La gesta de Ruiz de Montoya tuvo críticos al interior de la propia Compañía, y hasta el General de los jesuitas se inquietó. El provincial de Paraguay defendió a Montoya e informó que las nuevas reducciones estaban estabilizándose y creciendo, vencidas hambre y peste. Al poco tiempo se produjo la reivindicación total: Ruiz de Montoya fue nombrado superior de las 26 reducciones del Paraná, Uruguay y Tape.

Pero el tenaz jesuita sabía bien que el combate contra los *bandeirantes* iba a continuar, y para que la defensa guaraní tuviera más éxito, sería indispensable contar con armas de fuego. Sin embargo, existía prohibición expresa de dotar de ellas a indígenas en los dominios de Su Católica Majestad. Ruiz de Montoya decidió entonces emprender una nueva y acaso más complicada aventura: ir a Madrid para rogarle al Rey que velara por la suerte de sus súbditos guaraníes y que, entre otras medidas, con tal fin les autorizara el uso de armas de fuego.

Con esa misión, Ruiz de Montoya partió de la reducción de Nuestra Señora de Loreto en marzo de 1637. Seis meses duraría el viaje hasta la Corte madrileña. Y dos años las gestiones en todos los niveles de la burocracia monárquica, incluyendo entrevistas con el propio rey Felipe IV, hasta que este emitiera cuatro cédulas reales ordenando la liberación de los guaraníes esclavizados y reiterando todas las disposiciones, largamente incumplidas, que la Corona había dictado para la protección de los indígenas. Lo de las armas, asunto riesgoso, esperó un tiempo más, hasta que, en cédulas de 1640 y 1642, el rey aprobó el principio de poder armar a los indígenas bajo control de los jesuitas, aunque dejó la decisión final y las condiciones de aplicación al virrey del Perú.



Jesuitas Francisco del Castillo y, a la derecha, Ruiz de Montoya. Iglesia de San Pedro, Lima

Los años madrileños distaron de ser ociosos: a más de sus peripecias burocráticas, y pese a recurrentes problemas de salud, Ruiz de Montoya dio a la imprenta cuatro libros: la ya citada *Conquista espiritual*, el *Tesoro de la lengua guaraní*, el *Arte y vocabulario de la lengua guaraní* y un *Catecismo* en dicho idioma. Fueron las primeras publicaciones de ese género escritas para la lengua guaraní y prácticamente las únicas disponibles en todo el tiempo colonial.

Ruiz de Montoya llegó a Lima a fines de 1643 con el fin de obtener que el virrey Pedro de Toledo y Leiva aplicara las disposiciones del rey. Tuvo que esperar el resultado de nuevas consultas, sobre todo con el gobernador de Paraguay, y otras trabas administrativas, hasta que finalmente el virrey autorizó la entrega de armas a los guaraníes a comienzos de 1646.

Considerando su misión cumplida, Antonio emprendió su ansiado retorno a las reducciones. Pero en Salta le llegó un mensaje del provincial de Paraguay: la Compañía requería su presencia en Lima, donde sería más útil en la enconada batalla que libraban los jesuitas con el obispo de Asunción Bernardino de Cárdenas, que tenía hasta connotaciones lingüísticas.

Los siguientes años los pasó en esas querellas, con la salud cada vez más disminuida, hasta que se recluyó en el fundo Bocanegra. Allí fue a buscarlo el joven jesuita Francisco del Castillo, quien luego alcanzaría fama como predicador, para solicitarle una guía espiritual. Así se revela el último avatar del polifacético religioso: el místico. Escribió para su discípulo el *Silex del divino amor*, que llegó a entregarle en Bocanegra una semana antes de su fallecimiento, acaecido el 11 de abril de 1652.

«No permitan que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procuren que vayan donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron han de descansar», había dicho Ruiz de Montoya. Y se dice que, a pocos meses de su muerte, una delegación de guaraníes recorrió cinco mil quinientos kilómetros para llegar a Lima, a reclamar los restos del religioso. Y se lo llevaron.

*Narrador y diplomático peruano, autor de la novela *Claridad tan oscura* (2011). En la portada: Iglesia de San Pedro, Lima. Mariano Felipe Paz Soldán, *Atlas Geográfico del Perú*. París, 1865.



José Carlos Ramos. *Caballo*. Óleo sobre tela, 1990.

JOSE CARLOS RAMOS Y LA PINTURA

Nacido en el pueblo de Izcuchaca, Huancavelica, en 1949 y muerto en Lima, en setiembre de 2020, José Carlos Ramos fue uno de los más destacados pintores de la generación del 60. Estudió en la Escuela de Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde desarrolló una curiosa técnica de impresión de grabados sobre cartón o *cartongrafía*. Luego, el artista sobresalió por una original propuesta, que fue combinando elementos surrealistas y oníricos con arte popular, expresiones folclóricas tradicionales, toque del pop y el kistch, sensibilidad naif y una constante ironía, haciendo de la suya una obra original y un referente entre las expresiones del llamado neobarroco de las últimas décadas.

A lo largo de los años, Ramos realizó numerosas exposiciones, entre las que destacan las llevadas a cabo en el Museo de Arte de Lima, el Banco Central de Reserva, la sede de las Naciones Unidas en Nueva York y, en tiempos recientes, en el Centro Cultural de la Universidad Ricar-



Petión y Bolívar (detalle), 2020

do Palma y el Museo del Arte Mundial de Pekín. En los últimos meses, el artista estaba preparando una serie de cinco lienzos en gran formato dedicados al tema del Bicentenario y las recurrentes imágenes de los libertadores, de los cuales solo llegó a pintar el primero.

Precisamente esta obra, que reúne en cierto modo los elementos característicos del arte de José Carlos Ramos, le ha permitido al reconocido crítico y curador peruano Jorge Villacorta organizar ahora una exposición en homenaje a su memoria. La muestra, con otros treinta cuadros, lleva por título «Las fuerzas vivas» y se exhibe desde el pasado 17 de marzo en la Sala Luis Miró Quesada Garland de la Municipalidad de Miraflores, en Lima. El propio Villacorta curó también a inicios de este año otra individual del desaparecido artistas en la Galería Wu: «Flora y fauna del Perú». Oportunos tributos a un creador inconfundible.

<http://bit.ly/3ldnb9u>

AGENDA



LA PERUANISTA DE BURDEOS

Isabelle Tauzin-Castellanos es profesora de la Universidad Michel de Montaigne de Burdeos y una reconocida peruanista. Ha publicado numerosos ensayos sobre figuras de las letras peruanas, como Ricardo Palma, José María Arguedas, y, en particular, Manuel González Prada, de cuyos *Ensayos y poesías* se encargó, para el sello español *Cátedra*, en una reciente edición debidamente prologada y anotada. Miembro correspondiente de la Academia Peruana de la Lengua, la profesora Tauzin-Castellanos destaca, además, por impulsar algunos importantes eventos académicos sobre nuestro país y otras naciones americanas. Hace, precisamente, un lustro, coordinó un coloquio internacional llevado a cabo en Burdeos, cuyos frutos se convirtieron en un importante libro *Representaciones internas y miradas externas sobre el Perú y la América andina. Del Virreinato al Novecientos*, editado de forma conjunta por la universidad bordelesa y el Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. El libro, disponible en línea, ofrece una serie de ensayos de destacados investigadores, especialmente sugerentes y oportunos en vísperas de las próximas conmemoraciones.

<https://cutt.ly/pzCoWpO>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@ree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe